

*Mi encuentro con Luis de la Cruz**Edgar Morisoli¹

Fue a mediados de 1957, y como casual resultado de mis actividades técnicas de topógrafo. Yo residía en Colonia 25 de Mayo, y debí reconocer y ubicar en el campo los vértices de una vieja malla de triangulación I.G.M. que, con base en Chos Malal (Neuquen), penetraba en el territorio de La Pampa hasta aproximadamente el meridiano 67°. Si bien los vértices no eran muchos, tuve que cubrir, para el reconocimiento, una vasta zona del departamento Puelén y la faja lindera en jurisdicción mendocina.

Ya conocía el diario y demás escritos de Luis de La Cruz, en la vieja “edición segunda” de la colección De Angelis (Lajouane y Cía, Bs. As., 1910). Pero algo muy distinto, fue saber que me encontraba sobre el mismo camino recorrido por él y su comitiva en 1806, en las mismas aguadas (Luanco, Quircaco, Huacahue, Puelén...), y prácticamente sobre sus rastros. Como es sabido, sobre el mismo derrotero se abrió, en 1896, el famoso “Camino de los Zapadores” que unió las capitales territorianas de Gral. Acha (La Pampa), con la de Chos Malal (Neuquén), tramos del cual siguen aún en uso como caminos o huellas vecinales, especialmente en los sectores en que los campos aún continúan siendo “abiertos” (sin alambrar). Y por último, sobreimpreso al derrotero de Luis de la Cruz y de los Zapadores, Vialidad Nacional habilitó la Ruta “Complementaria H”, que unía La Reforma con Puelén, antes de la apertura de las trazas de las actuales rutas provincial 20 y Nacional 151.

¡Viejo Camino, por lo tanto! Y más viejo aún si pensamos que Luis de la Cruz no lo trazó ni lo descubrió, sino que lo re-descubrió, sobre el rastro fresco de Molina y Vasconcellos y otros muy anteriores, del siglo XVI, previos a la gran insurrección del pueblo araucano que arrasó con las llamadas “ciudades imperiales” del Sur de Chile (Osorno, Villarrica, Los Confines, etc.), rastros hispánicos remotos que, con seguridad, transitaban una ruta interoceánica tal vez milenaria de los pueblos originarios, una vereda pedestre².

Y bien...allí estaba yo, mirando el mismo paisaje que había contemplado el chileno, bebiendo las mismas aguas que él bebió, subiendo a los mismos cerros,

* Transcripción hecha por María Soledad Toselli.

¹ Poeta y escritor. Dirección postal: Pasaje Pringles 1044 (6300), Santa Rosa, La Pampa.

² Se anexa copia facsimilar del Expediente que autoriza a Luis de la Cruz a realizar el viaje. AGN.

pugnando por vencer los mismos guadales, los mismos escoriales de basalto, los mismos salitrales inmensos, los mismos volcanes dormidos.

La experiencia, profundamente conmovedora para mí, abarcó ese año y el siguiente, y se completó y reavivó en 1967/68, es decir 10 años más tarde, cuando otras tareas geodésicas me llevaron a la zona.

Pero el poema no nació en 1957 ni en 1967, al menos a nivel consciente. (Aclaremos que nadie conoce cuál puede ser el mecanismo de germinación de un poema. Cada experiencia humana es una semilla que cae al fondo del alma y la memoria. La mayoría quedan allí para siempre, ciegas y mudas, pero una entre miles, nadie sabe por qué, después de horas, semanas, meses, o años de latencia, un día comienza a germinar en el espíritu y reclama ser expresada, puja por convertirse en palabra y dar su testimonio.)

Al encuentro físico con el camino de Luis de la Cruz, se sumaron sucesivas relecturas de sus trabajos, y el ahondamiento en el conocimiento de su vida, su peripecia personal, su participación en la gesta de la Emancipación Americana, sus prisiones, su proximidad de amigo al Gral San Martín. Pero el poema comenzó a nacer 20 años después del “casual encuentro” con la ruta de Luis de la Cruz, en alas de una revelación que surgía de todo lo leído, visto y vivido sobre su itinerario: el viaje de 1806 había sido para él un verdadero “camino de Damasco”. Los tres meses de convivencia con los caciques que lo acompañaron, y los que fue conociendo en el camino (en especial Carripilún), produjeron un profundo impacto en su espíritu, así como su participación en la Reconquista de Buenos Aires y la actitud del Virrey Sobremonte. Dicho en otros términos, el hombre que regresó a Chile después del “Viaje a su Costa”, no era el mismo que había salido de Concepción. Había madurado su conciencia americana, había nacido el patriota que lucharía por la libertad de su patria y del continente.

En ese marco espiritual comencé a escribir el “poema a voces” que es *Jornada de los Confines*. De ninguna manera pretende “seguir” al viajero desde Concepción a Melincué, paso a paso, es decir “Jornada” a “Jornada”. Rescata sí, algunas en especial, todas ellas del tramo pampeano de su derrotero, en un cruce de voces en el tiempo. Lo abre una “Antejornada” donde “se confiesa una sombra” y lo cierra “la despedida en Melincué”.

“Por cuanto el Rey Nuestro Señor (que Dios/
guarde), tiene mandado se le informe los medios de facilitar las

*comunicaciones de la provincia del virreynato de Buenos Aires con las de este/
reyno de Chile, por los países de los indios/
intermedios: -Por tanto hago saber a los gobernadores/
y caciques de tránsito, desde el fuerte de Antuco en esta/
frontera, hasta la dicha capital, que el Alcalde Provincial/
del Cabildo de la ciudad de Concepción, don Luis/
de la Cruz...”*

- Ese soy yo, fui yo. (Lo sigo siendo, de otra forma
leve, desde esta orilla sombrosa y olvidada
que se parece a Chile, al sur de Chile: también hay dulces álamos,
se canta “pata en quincha”, resplandece la nieve...)

Ese fui yo, y ahora
miro hacia las que fueron pampas de *Mamilmapu*,
donde un hombre hechizado de confines repasa
mis memorias, el Diario de mi viaje...

(Qué solo
me siento cuando vuelvo la vista hacia esa América
que fue empeño del brazo y airón para mi frente!
Qué solo. Atrás quedaron
las guerras y las glorias: pólvora en Yervas Buenas,
el sol sobre los sables de San Carlos,
la patria vieja que cayó en Rancagua!
Después vinieron años
torvos, de olor y de color de jote,
una prisión tras otras: Chillán, las Casas-Matas
siniestras de El Callao, la lóbrega mazmorra
del Santo Oficio en Lima,
y al fin aquella isla de Más-a-Tierra, medio de los mares...)

**“-Lee, desesperado
soñador, interroga**

**las páginas marchitas: vieja cónica gris
 donde de pronto fulgen como llancas perdidas el valor o el orgullo,
 el ala fugitiva de la belleza; a veces,
 la involuntaria luz de la ternura.”**

(¡Aquella isla! Roncos farallones,
 piel de piedra quemada por el beso o la zarpa colérica del mar
 y el guano blanco de los cormoranes...

Recuerdo -y ahora sé-,
 que el altivo ermitaño que llevaba una Biblia podrida por la niebla
 en su zurrón cabruno, no era Selkirk ni Robinson
 sino la sombra de mi anhelo: ¡el soplo
 resplandeciente de la libertad!)

**“-Sigue mis pasos, toca
 las mismas piedras que palpé buscando
 la sal, el cobre. Bebe
 en los remotos *pujios* que fueron providencia sobre mi rastrillada,
 y pide las respuestas de la vida a la noche
 de luceros enormes, mientras arden
 en tu fogón las ramas fragantes de los campos
 leñeros...”**

(¡Isla aciaga! Sus costas, los cantiles roqueros
 - desde los cuales regresé a Santiago
 libre otra vez, resuelto hacia la lucha-,
 hoy son prisión de nuevo a mi pueblo cautivo:
 el déspota de turno, el Pinochet Ugarte,
 como un fantoche tétrico sentado sobre un trono de tinieblas y sangre,
 ha engrillado el honor y el sudor de mi patria:
 la estrella austral de Chile empalidece.)

“...Quiero olvidar, (¡y pido

**olvido a quien trasiega aguas a la memoria!),
 quiero pensar tan sólo mi juventud, la juventud
 de América...;Devuélveme
 a los sonoros nombres de los viejos caciques
 - *Carripilún, Manquel* -; al horizonte
 de pampas y chihuidos, a la sombra del cóndor sobre los altos llanos!**

He mencionado un “cruce de voces en el tiempo”, porque en el poema habla Luis de la Cruz desde el ayer, y desde un “ahora” que lo recupera. Hablan los documentos, la letra de su “Diario”. Hablan los que lo acompañaron y los que encontró, como Petronila Pérez, la “huala perdida”, o Carripilún, quien lo hace desde la Historia, pero también desde la actualidad, a través de su progenie, los Carripilón de Colonia Emilio Mitre. Y todos ellos, a su vez, hablan con el poeta, dialogan con él, cuya voz se va trenzando con los demás.

1.

Marcha el Chileno. Es una tierra
 adusta la que pisa: coironales, un cielo
 alto de lumbre, seco y ofrecido
 a las águilas, *algunos cortos traviesos/
 de piedra escoria*, y el
 viento: el viento. Es una tierra
 enjuta y noble, solitaria. Don Luis
 de la Cruz marcha, *siempre/
 por planes de buen piso*, la mirada
 al naciente, el denodado
 corazón al naciente y en busca del que *debe/
 ser el camino antiguo de las ciudades/
 imperiales: Osorno, Valdivia, Villa-Rica, &, a la de Buenos/
 Ayres...*;cuando le da la brisa de Puelén sobre el alma!

**“Por el Ojo-del-Agua
 ¿qué dios nos mira?
 Murmullo del murmullo,
 totora fina.”**

(Todo esto es bulla de los libros, espuma
muerta, ilusión: un hombre
leyendo, bajo las flores trémulas de los olmos de Octubre,
lo que escribió otro hombre ya ciento
setenta años: una porfía de amor contra la arena
y la insidia del tiempo.

Ese hombre vio

Lo mismo que yo veo, lo que mira
mi corazón: *este estero nace de un pretill
de médano...corre al sur, trae agua/
suficiente y de sobra para un molino...y así puede regarse/
con facilidad la vega, y hacer el terreno mas fecundo/
para árboles y siembra...;lo que mira mi corazón!*)

2.

...Y allí el encuentro, entonces,
las *razones*, la voz, la viva sombra
rescatada al olvido, los nombres que aún resuenan
(si uno sabe
poner la oreja en tierra o en el tenue
aire de las planizas -... y a la oración, mejor, cuando una luz tendida
se gana a tajos lentos, colorados y solos
hasta el patio barrido con pichana, rociado
con agua de la acequia-), los nombres, si, las sílabas que en su frescor rezuma
la piedra de Puelén: Jara, Baeza,
Payllacura, Puelmanc...y *Petronila*
Ella, por fin, nos llega
sonriente de otro siglo, de otro
sueño, cautiva
de su amor; *Así que estuve separado/
de ellos...le dije: ¿Amiga, eres casada?/ ¿Cómo/
te llamas? –Petronila/*

*Pérez, respondió ella -¿Eres cautiva?/
 -Si soy...no quise irme porque quiero
 mucho a mis hijos...(Oigan, en la liviana
 brisa, sonar aún la tonada, el acento,
 la voz de aquellas voces): ¿Qué cómo/
 se llamaba entre los indios? – Que Llanihual; esto es/
 ya se perdió la huala.*

(Bulla no mas, ceniza,
 gualicho de los viejos papeles...¡la verdad
 está aquí, sobre esta recia y pobre
 provincia, cuero de astro sobre el cual el chileno galopó largo y lejos por los tiempos
 del Rey,

-soñando y sin soñar que eran los últimos
 tiempos del Rey, y albeaba la América insurgente-,
 sobre esta misma tierra donde un día
 churrasquié con el Diablo y hoy
 yerbeo, al amor
 de un fueguito, mirándola callado y para siempre,
 con usted, Patrocinio Durán, el de Agua Sola.)

¡Por eso, por las lágrimas
 de ausencia y de alegría que lloré en sus abiertas
 planizas, por la sombra
 de viejos tamariscos un ronco mediodía
 junto a la decidora mansedumbre del agua;
 por eso, entre el aroma puelenero
 de los jumes quemados, traigo ahora
 este gajo de sueño, esta virola bruñida por la luna:

**“Ay Petronila Pérez,
 huala perdida,
 de amor a tus amores
 fuiste cautiva.**

**Tus palabras de entonces
oigo en la brisa,
tu corazón de entonces,
cielo y jarilla.**

**Ay, Petronila, el agua
riyendo brilla...
¡Tus pasitos de huala
cortejaría!**

**Tus pasitos de huala,
totora fina,
tu memoria, tu olvido...
Huala perdida.”**

Pero *Jornada de los Confines* está lejos de constituir un “poema histórico”, ya que en él no sólo se cruzan los protagonistas: Luis de la Cruz y sus compañeros de viaje, sino una comarca entera: el Oeste pampeano, incluso con sus pobladores de la época en que fue gestado el texto (décadas del ’50 y el ’60), pero además sus mitos, sus costumbres, su idiosincrasia popular, en suma su identidad social y cultural, aunada a su misterio.

El eje, sin embargo, es la experiencia “reveladora”, que ese viaje tuvo en la vida del protagonista principal, forjando un vínculo humano a partir del cual maduró su toma de conciencia americana. Y la dimensión de ese vínculo la expresa el poema a través de la “Jornada” final:

*“Puelmanc se levantó, me abrazó y dijo: - Compañero, todo/
lo que has querido conseguiste, nosotros/
te hemos traído...”*

Todo un otoño que pasamos juntos
bajo las cerrazones y la nieve:
todo un otoño que templó las almas

en el desierto.

Lenguas de trumagosas travesías,
lenguas de realidades y quimeras
y en esas lenguas varonil cariño
Vino naciendo

*“...Yo hablo por todos, porque conozco el/
corazón de mis compañeros; tennos lástima siempre, como habéis sabido/
tomarnos el corazón.”*

Trepamos entre fuego y hielo andinos,
vadeamos ríos de morada espuma,
y en la noche del sur, fueron consuelo
tantos fogones!

Recio regazo al que el varón se arrima
por compartir palabras o silencio,
el mate convocaba en su tibieza
los corazones...

*“-...No puedo, amigos, engañaros, me habéis/
servido y acompañado mucho, ya os quiero más de lo que pensaba...”*

Cóndor- del- Este, toma en este abrazo
mi amistad de criollo que no tiene
revés, y lleva hacia tus soledades
su brasa viva.

Viejo Manquel, yo guardaré el recuerdo
de tu sabiduría legendaria,
y así lo escribiré para que dure
la voz de América.

“...ni ellos ni yo podíamos contener las lágrimas, en tanto extremo/

*que me fue preciso salirme para afuera, porque ellos/
tienen a mal **dungo** el llorar antes de partir.*

Adiós. Gritan los teros en la bruma
y viene albeando sobre las lomadas.
Adiós. Los ojos, que no mienten, dicen:
fuiamos hermanos.